



LA CASA DE LOS
BALCONES Y
OTROS RELATOS

Ignacio Morán Rubio

LA CASA DE LOS
BALCONES Y
OTROS RELATOS



Primera edición: octubre de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Ignacio Morán Rubio

ISBN: 978-84-18958-38-0

ISBN digital: 978-84-18958-39-7

Depósito legal: M-27883-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todas las personas que,
de una u otra forma,
mantienen viva la cultura
y los recuerdos en el mundo rural.*

Poetas, nunca cantemos
la vida de un mismo pueblo,
ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos
y todos los huertos nuestros.

LEÓN FELIPE

PRÓLOGO

Esta obra comienza con lo que el autor denomina «Palabras liminares», que sabe más a tesis sobre la España vaciada que a mero prefacio; una exposición de la realidad de esta parte tan extensa de un país que la ignora. Me ha resultado perfectamente traída y un zaguán muy adecuado para lo que luego nos espera a los lectores.

La casa de los balcones es, desde mi humilde punto de vista, el relato que mejor refleja la vida, opresora y cruel muchas veces, en un pueblo pequeño, siempre al cabo de intromisiones en la vida de los demás. Es el relato más completo porque contiene una amalgama de rasgos rurales que van desde la vergüenza de los hijos naturales, la desbandada hacia las ciudades de los jóvenes, el cierre de establecimientos de siempre, la diferencia de clases y la soledad que llegan a sentir sus habitantes. Fany me ha resultado, otrosí, un personaje entrañable y delicioso.

Otros relatos como *El enigma de la cofradía* están muy bien resueltos y perfectamente documentados

en todo lo referente a la ambientación de la época. Un relato más tenebroso que sabe a poco, en el que el autor sabe saltar de la narración costumbrista a la histórica, mucho más compleja.

Doscientas pesetas aborda un tema no siempre del todo promocionado en los medios de comunicación ni en las sesudas columnas de los diarios. La vuelta al pueblo de algunos jóvenes bien preparados, con todo lo que ello representa. Me ha resultado un capítulo alentador. Los binomios ciudad/pueblo, viejos/jóvenes, pasado/futuro están muy presentes a lo largo de este capítulo diferente.

Se atreve el autor a abordar, incluso, el cambio climático que tanto afecta y más que afectará a las zonas rurales. Se remonta varios siglos atrás para dejarnos bien claro que este problema global ni es moda ni es tendencia. Se trata de algo que ya predijeron los sabios de la Antigüedad y que ahora comienza a molestarnos.

La profusión de refranes y chascarrillos antiguos enriquece asaz un texto que consagra a su autor como un maestro del relato costumbrista que se adentra en la historia como referente. No menos importante que su estilo suelto de escritor veraz es el mensaje que transmite a lo largo de esta obra breve; ciertamente, a los que sabemos lo mal que se vive en las ciudades y lo bien que se está en los pueblos,

después de esta lectura solaz nos dan ganas de volver a nuestro orígenes mucho más que por las fiestas de la patrona.

LUIS FOLGADO DE TORRES

PALABRAS LIMINARES

Don José Ortega y Gasset acuñó la expresión «La España invertebrada». Trataba de reflejar la preocupación que muchos españoles sentían al ver a su país, aún doliente de la pérdida de los territorios de ultramar, sometido a la presión de fuerzas políticas e intelectuales que alentaban nuevas rupturas. Hoy esa misma España contiene el aliento al ver que dos tercios del territorio nacional se ha ido despoblando y que un patrimonio excepcional, de toda índole, ha sido abandonado a su suerte.

Se habla mucho de la España vacía o vaciada, casi siempre desde la perspectiva de falta de servicios, de la escasa conectividad, de las dificultades para acceder a la educación y la cultura... Pero esas discriminaciones que desincentivan la continuidad o el asentamiento de nuevos pobladores son, en esencia, las mismas que impulsaron a tomar el camino de la emigración a las gentes que allí vivían. En los foros que reflexionan sobre las posibles salidas a esta situa-

ción, se discute sobre los problemas medioambientales, los nuevos modelos de poblamiento, sobre la economía rural e incluso sobre la ética y la estética de una problemática tan compleja, pero se pasa de puntillas sobre la emergencia cultural de un abandono que afecta a las raíces del conjunto de la sociedad española.

Es un hecho que las expectativas de vida basada, exclusivamente, en la agricultura y la ganadería a pequeña escala no ha podido competir en esta sociedad de consumo, que no es posible el pleno desarrollo profesional de los jóvenes en la mayor parte de nuestros pueblos, que las dinámicas político-electorales penalizan el asentamiento en el mundo rural... En definitiva, que las ciudades y las grandes conurbaciones acaparan el destino de los recursos y los servicios públicos. Parece incuestionable que las instituciones, tampoco las más cercanas, han sido capaces de establecer o exigir esa discriminación positiva que precisa el medio rural para hacer frente, con garantías, al riesgo de colapso en el que se hallan muchas comarcas e incluso provincias enteras.

Con ser importante la gestión política y administrativa de los Gobiernos para revertir esta situación, no es el objeto principal de esta propuesta literaria. Entiendo que la idea que me impulsó a escribir estos relatos es, ante todo, contribuir a poner sobre la

mesa la pérdida de identidad cultural de millones de personas y la desaparición de un modelo sostenible capaz de aprovechar los recursos que ofrece el medio. Cada persona mayor que deja su trabajo en el medio rural sin un relevo, cada pueblo que se abandona, perdemos un tesoro inmaterial que no podrá ser sustituido.

La manera de afrontar situaciones concretas, el urbanismo y las infraestructuras, el patrimonio arquitectónico, el uso de remedios naturales, el cancionero, los dichos populares, las costumbres y tradiciones, los conocimientos agrícolas y ganaderos, los aprovechamientos forestales, el uso responsable de los recursos hídricos... Todo se perderá si no somos capaces de levantar una España que no repita los errores del pasado.

No parece razonable plantear un modelo de poblamiento en términos de rentabilidad económica, ni tampoco condenar al mero folclorismo una cultura que nos pertenece a todos. Y esa pérdida no es una entelequia, es la evidencia que ha traído una aculturización que nos vulgariza. La denuncia de ese convencimiento es el verdadero objeto de esta propuesta literaria.

La casa de los balcones y otros relatos reúne trece historias tejidas por ese hilo conductor, con la pretensión de que su lectura resulte ágil y entretenida. Es, pues,

un solo cuerpo, pero en cada una de ellas late el corazón de una historia diferente.

Quizás no sea ecuánime a la hora de confrontar los valores tradicionales, que considero más propios, con los que impone el modo de vida actual. En cualquier caso, si no queremos renunciar a ninguno de ellos, se hace necesario modificar algunas reglas de gasto para asegurar las mismas oportunidades a la ciudadanía se viva donde viva.

En los pueblos nunca faltó la conversación sosegada ni el uso de dichos o historias en las que apoyar la toma de postura o el camino a seguir. Tal vez el recuerdo de los juglares, de los titiriteros, los vendedores ambulantes, los tratantes de ganado... que tanto contribuyeron a la comunicación entre los territorios haya reforzado la necesidad de compartir el conocimiento.

Hoy, la salvaguarda de lo *viejo* supone una pequeña heroicidad en todos los ámbitos profesionales, pero las revoluciones tecnológicas llegan con exasperante lentitud al mundo rural y ya se sabe: cuando lo viejo ha desaparecido y lo nuevo no acaba de llegar, surgen las paradojas y contradicciones.

EL AUTOR

LA CASA DE LOS BALCONES

Estefanía Colinas abrió la ventana y dejó que el aire entrase en la habitación. Aún no había terminado el mes de octubre, pero el pico del Teleno se iluminaba con las primeras nieves y las heladas trataban de imponer su ley en la jugosa hierba de los barbechos. Con un rictus de amargura, miró a la calle y se detuvo en observar los perros de Atilio *el Joven* que retozaban en el jardín trasero de la iglesia. No se veía ni un alma por el pueblo.

El viernes haría diez años que enterraron a Henar y desde entonces sus hermanos apenas venían por casa. Podría decirse que la familia mantenía el contacto, pero la realidad era muy distinta: los problemas individuales enfriaron tanto las relaciones de la familia que algunos de los primos ni siquiera se conocían personalmente.

Desde que ocurrió la desgracia, siempre hubo un consenso implícito para que Estefanía se quedara a vivir en casa de los padres y cuando llegó el momen-

to, nadie puso el menor reparo. Formalmente, la vivienda de los Colinas siempre permaneció a disposición de hermanos, pero ese formalismo solo era eso. Ella pagaba los gastos y los arreglos, pero nunca la consideró de su exclusiva propiedad.

La casa del ferroviario (así se la conoce en el pueblo) es una construcción humilde levantada con tapial y adobes confinados entre vigas de álamo que dispone de dos plantas y un pequeño corral, cercado con traviesas de la vía, que va a lindar con los raíles del tren. Está situada en el promontorio de la iglesia, frente de la casa rectoral y pared con pared de la Casa del Concejo. La levantaron Antonio Colinas y Henar Aparicio en los años cincuenta del pasado siglo, cuando él era factor y ella encargada de limpiar la estación. Allí criaron a sus siete hijos.

Pero aquellos eran otros tiempos, el pueblo estaba lleno de ilusiones y bullía la vida en las calles. Había baile los domingos, dos escuelas abiertas, comedias en el frontón, tertulias al salir de misa y en la fuente de la plaza, paseo los domingos... Pero había cambiado tanto en unos pocos años que una sensación de orfandad ensombrecía el carácter y la conversación de los mayores que esperaban a que Crucita abriese el bar para tomar el café y leer el periódico. Nadie mostraba las prisas de antaño por retomar los quehaceres, todo se había vuelto finito y tan intras-

cedente que la principal ocupación de hogaño era dejar pasar el tiempo.

Los menestrales que daban servicio a la comarca se fueron jubilando y nadie continuó al frente de la ebanistería de Agapito Valdeón, ni en la herrería de Felipe el de la Luisa, no había quien diese unas puntadas o echase una suela a los zapatos, murió el barbero y nadie abrió el despacho, doña Julita trancó la puerta de la mercería y se fue con la hija a Barcelona, de la tienda de ultramarinos solo resistía el anuncio de hojalata colgando de una palomilla en la fachada del señor José, ni sastrería, ni ferretería, ni pescadería, ni carnicería... De todo aquello solo quedaban recuerdos y alguna que otra rechifla jocosa de los últimos comerciantes. Únicamente la botica de don Agustín, regentada ahora por su hija Carmencita, florecía con los achaques de tantos jubilados. Una verdadera calamidad.

Fernando fue el primero de los Colinas en irse a las minas y poco después se llevó a Felipe, que era el mayor. Los dos formaron familia en Bembibre y solo se les vio por el pueblo cuando murió Antoñito de un ataque de apoplejía poco antes de retirarse. Años después, volvieron para enterrar a su madre.

La vecindad nunca olvidaría el coraje y la disposición de Henar Aparicio para afrontar lo que viniese. Era una mujer menuda, impulsiva en el decir, mirada

directa y sostenida, trabajadora infatigable, servicial y de una integridad que no admitía dobleces ni medias tintas. Llegó casada, pero enseguida se ganó la consideración de los vecinos que comprendieron la valía de la mujer de Antonio en el manejo de la casa y en su trabajo.

Natural de la comarca salmantina del campo de Ciudad Rodrigo, Henar siempre fue el valladar infranqueable de la familia del ferroviario. Peleó el bienestar de los suyos en los años difíciles de la posguerra, cuando su marido anduvo denunciado en la Guardia Civil acusado de connivencia con los estraperlistas de Villar de Ciervos y después, cuando la diáspora de los jóvenes descolocó su idea de familia, procuró tejer un cordón invisible que garantizase la relación entre los hermanos con todo tipo de artificios:

—Es lo único que tenemos, hijos míos, eso y los recuerdos buenos y malos que hemos vivido juntos es lo que nos queda —insistía una y otra vez por carta o en el teléfono.

El cáncer la apañó en pocos meses y trajo la desolación a una familia que la adoraba. Pasado el duelo, la insistencia de Henar por mantener unida a la prole se fue diluyendo, unas veces envuelta en razones de distancia y otras en la pereza de romper la rutina diaria, lo cierto es que nadie hizo el menor esfuerzo por mantener aquella hebra de unidad.